

ADOQUINADO

PAULA CUCURELLA

PAULA CUCURELLA

ADOQUINADO

poemas

ADOQUINADO

© 2026 Paula Cucurella

Esta obra se publica bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite copiar y redistribuir este libro en cualquier medio o formato, siempre que se reconozca la autoría, sin fines comerciales y sin modificar la obra.

creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Primera edición digital, 2026.

ÍNDICE

El amargo parvo	5
La llama en la soledad vecina	6
A este le robaron el título y el verso	8
En dónde está la herida y dónde los testigos	9
Extra #2	10
La teta amarga de la luna se dejó caer en mi boca	11
La parábola del pescador	12
Otro enjambre	14
Cuando llueven dulces	15
De no ser por las lágrimas no temería que el censor me descubriese	16
¿Quién ha vestido de languidez mi cuerpo?	17
Soneto Malsano	18
Elogio del negativo	19
Es Olvido	20
Plegaria al padre enfermo	21
No va en el cuerpo la noche en pena	22
Mal de ditus	23
Notas	25

EL AMARGO PARVO

Adoquinado árbol, damasco pardo, el alba roza el arpa en notas cual brisa apenas
el fardo lleva pero no toca, arrastra de la voz langosta, angosta apenas
notas la brisa. el fardo más copado de almíbar apalabras
a tiempo a gotas del asfalto, y ahí entre seda
y gota, el dardo va trocar el rosa
por el amargo parvo.

LA LLAMA EN LA SOLEDAD VECINA

Después de entretener juntos
los escenarios del fin del mundo
vuelvo a esclarecer otro insomnio
otro humo
taciturno
Lloran siempre los hombres todos solos
Es tenso tránsito el concreto en trozos
en el horizonte
inseguro—te pregunto
y en un estertor él se desarma
—las guerras comienzan antes de comenzar.
—aquí ya ha capitulado el tiempo.
Y yo tengo que asir las pocas hebras que conocen una tarde
sin gorriones ni golondrinas
a solas buscando tu soledad vecina.

¿Entiendes?

En la llama de los dedos
con calma
tentar
arrancarte otro desvelo.

A ESTE LE ROBARON EL TÍTULO Y EL VERSO

No era demasiado, pero suficiente, la comedia exigente en lo que había, la premura en la acedia, escueta, corporativa, si algo supiera de fastos y flores, la falla prendida en el espumero de la noche, llama de las que a solas calientan tu comida fría, algo diría del beso, arrojo y de mi jaula, hedionda aunque de buen bronce. Pasando revista, aquí ya no se habla de brazos, ni de furia en los desfiladeros sin acero, ni de susurros bajo la luna, agrios, ojos aceituna. Son escasos los hombres obreros o no. No, aquí no hay bolero que me ablande, ni perro que me muerda y que no ladre. Si la ausencia fuese lucero, no precisaría prueba para lamer la lepra en la palabra. Ya no sé cómo disculparme, pero aquí no hay poesía, aunque tampoco estorbo.

EN DÓNDE ESTÁ LA HERIDA Y DÓNDE LOS TESTIGOS

Si en su vecinado asfalto empiedra una herida junto a la otra, aurera la brisa fiera tersa una cantera, con la boca llena y llama a su alondra. Si el azafrán les devuelve el rubor como al mirar la miel lenta otoñada. Si la llema adentro es apaciguada, y tierna te desteta el último pavor. Si te gritan ternuras, y rodando abren tu bolsillo roto —deudo del pudor. Acepta que aunque no esté madura, de sobras, al menos ya está despierta.

EXTRA # 2

Él quería esperar a tener una rosa y las manos libres de labores para caminar con ella de la mano, esperó hasta olvidar lo que quería decir: no podía permitirse no ser original. Hasta que llegó el momento justo y espontáneo cuando en su boca la voz envejecida tuvo que repetir lo que los oídos envejecidos no pudieron comprender. No tiene importancia, le dijo—y si la tenía, pero es verdad que ya no daba la memoria para malentendidos.

LA TETA AMARGA DE LA LUNA SE DEJÓ CAER EN MI BOCA

En aquellos días de tedio la economía doméstica consistía en que a cada falta nueva le seguía la cita de otra falta real o inventada. No obstante, seguías intacta, hasta la última nota que salió de su garganta justo antes de que se rompiera, era costumbre tener que interrumpir el concierto para reemplazar una cuerda, y luego proseguías a simplemente sorber de la copa, dejar caer un comentario que podría haber sido pregunta parecido al sonido que hacía el papel cuando cambiabas de página. El encargo era acompañarse y disfrutar del silencio cuando lo había, sin prisa, afinando ambigua expectación, voluntad sin contenido, como si meditaras, y por suficiente tiempo. “Mira”, le decías a menudo, “siento que tengo fiebre”. Y llevabas sus manos a tu rostro para mostrarle que no estabas muerta.

LA PARÁBOLA DEL PESCADOR

Digamos que por de pronto todo sucede como si no fuesen a haber consecuencias—te dijo el especialista—, y sales a toda velocidad. Por el reajo vez pasar una lápida tras otra. Apuras el paso. Gracias a esta organización heliocéntrica de la vista fija en el caramelo de anís que siempre coges a la salida de la consulta esta vez tienes dirección. Siempre vas de salida. Todavía sabes que si entras en esa oficina vas a volver a salir, y el caramelo te recuerda que tienes dientes. A veces te muerdes la lengua y temes por tus dientes. En la sala de espera conociste a un hombre que no era libre de escoger sus palabras, las que lo cogían a su antojo y él debía hacerse responsable por todo lo que salía de su boca. No estaba mintiendo.

En esa ocasión también se habló de flores, de plantas y criaturas de jardín. Tocarón la ternura real al decir ‘perro’, unos segundos después la palabra ‘espiritual’ dicha sin ironía te recordó un árbol lleno de pájaros, pero afuera un escupo tardaba solo segundos en irse al cielo.

Intentas recordar mejores tiempos. En cambio, te acuerdas de la colonia de palomas que vivía en tu edificio cuando pequeña, y como un pichón citaba a otro a media mañana, y que incluso entonces (supuestamente inocente), ya habían pasado suficientes cosas para querer terminar el día a media mañana, y aún quedaba la larga tarde por delante. Había personas a las que le gustaba vivir su propia vida y estaban las que aceptaban que vivieran la suya por ellas.

Recordaste la parábola del pescador, y era cierto que los signos divinos eran inconfundibles, porque tu nombre desaparecía de las listas, porque a tu colega se le olvidaba mencionarte, porque se había perdido tu carta en el correo internacional, eran tales y tantos los cardúmenes que llegaban a tu puerta, abriéndola, pero de salida, como tú. Gracias a dios.

OTRO ENJAMBRE

—Gris

El concreto

alambre

—Gris

En tu nariz otro aguacero.

Sonriéndole a las piedras

Que caen del cielo

CUANDO LLUEVEN
DULCES

y de cara a la fogata
tibio el rostro
al pavimento
y sin el grueso
de tu estorbo
la lluvia se desata

DE NO SER POR LAS LÁGRIMAS NO
TEMERÍA QUE EL CENSOR ME DESCUBRIESE

Y aquella tela que esconde extenuar la algarabía,
éxtasis de la rabia a destiempo, caducarla y vacía
la duda ociosa por el llanto
sin rostro
como jamás la risa en el eco de la rima
estalla un hormigueo itorero!
pon los ojos en la mesa
no se escurra gota por la cortina
se avecina —este miedo de represa
itorero! viene la pena traviesa
con un taconeo. Tan masculina.

¿QUIÉN HA VESTIDO DE LANGUIDEZ MI CUERPO?

Disfrútalo, dijo, y cerró la boca.

Que a mano no haya palabra menos macabra no es su culpa.

Agradezco que no la abra

en vano, si a cuestras lleva el insomnio

que orea el agujero para expirar la fuga.

La lengua tocará certera lo cerrado:

Pues queremos decir oruga, jardines, y cosas que cuidar.

La boca, su sobriedad gusta

la privación de la tinta arriar

del elogio a lo que asusta.

SONETO MALSANO

Uno tierno de carnes y de alma
en mi cama tramó amores
con tal inocencia que piedra es
en las caderas de mi cadencia.

Y al otro que menos merece
ofrezco mis labios en bandeja
cuatro jugosos servidos al dente
y él los suyos cierra cual almeja.

Como loca lamo su despecho
para trabajar en mi amor maltrecho
al lecho de nuevo voy sola
a calmar el temblor insatisfecho.

ELOGIO DEL NEGATIVO

Tibio el hogar en el pan que despierta a la llama
la misma que nace a la paciencia
y sin cadencia la tarde persiste
en el mantel sobre dos estómagos llenos.
Ojos velados por dentro
amaneció en tus dedos
ciego el jengibre que crece a la luz que no ciega
y con el índice en la piel trazamos la herida
para encontrar el ojo y dejar abierto el lugar donde respira.

ES OLVIDO

Un rincón dentro de otro rincón
Con dientes arrancas
El calzado estrecho
Bendice a la que llega a casa
Y te descalzas
El beso
Que ya no duele.

PLEGARIA AL PADRE ENFERMO

Hoy, replicar una sonrisa,
mostrar los dientes,
dejar un ventilero amarfilado,
mientras a la cuna de tierra
la boca del estómago
acariado en tintas salivas
para regar la mesa donde tarde
la taza ofreció remanso.
Si pongo agua a hervir
¿Cuántos cuento?
Si la pregunta llegara a mis labios
y tú respondieras
yo descalza llegaría a colocar otra manta que tus tibias piernas
no extrañarían,
y volvería asustada de tanta ligereza.
En el sueño se olvida hasta el peso de tu apacible pereza.

NO VA EN EL CUERPO LA NOCHE EN PENA

Sin pardear almendras estas manos
han orugado media estrella al sol.
Y se le duerme al hombro al aire frío
Ya lo han curtido a vos y tos y trino.
Me corroboran montes, medias negras
El estornudo a campo abierto, lento
El colibrí pesado, cabo oscuro
Un cazador del fuego de otra vela.
Con aposento al río y susurro en piedras.

MAL DE DITUS

Esta mujer está maldita,
solo puede escribir poemas de velador
y lo peor, es que las sirenas que solo ella escucha no tienen nada de original
ni conmovedor.

Acerca del cementerio de insectos
que sigue creciendo al borde de su ventana la poesía nada quiere agregar

Círculos carmín en el inodoro

El olor al abrir la nevera

Y la poesía

El ronroneo del refrigerador escucha sonriente

DOS HILERAS PERFECTAS DE DIENTES

NOTAS

“No va en el cuerpo la noche en pena”: Estos versos son la polinización que resultó de la lectura de la colección de prosa poética *La Mata* de Eliana Hernández y María Isabel Rueda.

“De no ser por las lágrimas no temería que el censor me descubriese”: Verso tomado de Aisa. La única fuente para las líneas y frases apropiadas es *DIWAN. De las poetisas del al-Andalus*. España: Hiperión. 1986.

ADOQUINADO

PAULA CUCURELLA